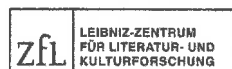
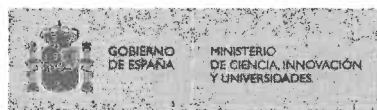


METAFÓRICAS
ESPACIO-TEMPORALES
PARA LA HISTORIA.
ENFOQUES TEÓRICOS
E HISTORIOGRÁFICOS

*Javier Fernández Sebastián
y Faustino Oncina Coves (eds.)*

PRE-TEXTOS

La publicación de este libro ha sido posible gracias a la colaboración de:



© Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: abril de 2021

Diseño cubierta: Pre-Textos (S. G. E.)

© Faustino Oncina Coves, Ernst Müller, Cornelius Borck, Falko Schmieder, Barbara Picht, Pedro García-Durán, Sérgio Campos Matos, César Rina Simón, Maria Elisa Noronha de Sá, Fátima Sá e Melo Ferreira, Fabio Wasserman, Marcos Reguera Mateo, Guillermo Zermelo Padilla, Javier Fernández Sebastián, 2021

© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2021
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-Textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-18178-80-1
DEPÓSITO LEGAL: V-1119-2021

Impreso en Ulzama Digital SL

Esta edición se enmarca en los proyectos de investigación «Aproximación interdisciplinar a los lenguajes jurídico-políticos de la modernidad euroamericana. Dimensiones espacio-temporales» (HAR2017-84032-P) e «Historia conceptual y crítica de la modernidad» (FFI2017-82195-P) de la AEI/FEDER, UE.

ÍNDICE

Presentación	
<i>Javier Fernández Sebastián y Faustino Oncina Coves</i>	11
Las metáforas de Reinhart Koselleck	
<i>Faustino Oncina</i>	25
«Cristalización» y «fluidificación» como metáforas de la teoría de la historia	
<i>Ernst Müller</i>	53
Pequeña metaforología del túnel. De progreso civilizatorio hasta espacio de pensamiento de una forma de vida rizomática, pasando por pasaje terapéutico	
<i>Cornelius Borck</i>	71
Las metáforas de la historia y su historia. Una confrontación con Reinhart Koselleck	
<i>Falko Schmieder</i>	95
Época y metáfora	
<i>Barbara Picht</i>	121
Metáfora y horizonte. Sobre el papel de la retórica en Hans Blumenberg y Ernesto Laclau	
<i>Pedro García-Durán</i>	137
Dos teorías y lenguajes de la historia en perspectiva comparada: António Sérgio y Ortega y Gasset	
<i>Sérgio Campos Matos</i>	159
Metáforas espacio-temporales para la península ibérica en el siglo XIX	
<i>César Rina Simón</i>	183
Metáforas espaciales, temporalidades y construcción de la nación en Brasil en el siglo XIX: el <i>sertão</i> como desierto	
<i>Maria Elisa Noronha de Sá</i>	203

La revolución y sus fantasmas: metáforas y metamorfosis de un concepto en el siglo XIX portugués <i>Fátima Sá e Melo Ferreira</i>	233
Entre el pasado y el futuro. Metáfora, política y temporalidad en el discurso macrista <i>Fabio Wasserman</i>	249
La metafórica organicista en la formación del concepto de «destino manifiesto» <i>Marcos Reguera Mateo</i>	267
Reflexiones en torno a la metáfora de la historia como tribunal de justicia <i>Guillermo Zermeño Padilla</i>	289
<i>Semper plus ultra</i> . Modernidad y transgresión <i>Javier Fernández Sebastián</i>	311

PRESENTACIÓN

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

FAUSTINO ONCINA COVES
Universitat de València

LAS METÁFORAS DE REINHART KOSELLECK¹

FAUSTINO ONCINA COVES
Universitat de València

¹ Este trabajo ha surgido en el marco del proyecto de investigación «Historia conceptual y crítica de la modernidad» (FFI2017-82195-P) de la AEI/FEDER, UE y del Grupo de Investigación homónimo de la Universitat de València (GIUV2013-037) y ha recibido su redacción definitiva en el Centro Leibniz de Investigación literaria y cultural de Berlín gracias a la ayuda del Programa de Movilidad Salvador de Madariaga del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (PRX19/00058). Queremos manifestar nuestro agradecimiento a nuestro anfitrión, Ernst Müller. Esta contribución se complementa con la colaboración de Falko Schmieder, con la que hay una evidente afinidad electiva.

HISTORIA CONCEPTUAL Y METAFOROLOGÍA

Es ya legendaria la aversión recíproca entre metáfora y concepto, entre metaforología e historia conceptual, y, sin embargo, su crédito es fácil de refutar, aunque su repercusión, que cuenta con insignes portavoces, no quedará así erradicada. El carburante de ese bulo se apoya en las presuntas órdenes de desahucio que dictaron los dos macrodiccionarios histórico-conceptuales. Veremos que de una hermenéutica de la letra, y desde luego del espíritu, de la dicción de Reinhart Koselleck (y con matices nada baladíes también de Joachim Ritter) no se sigue ningún anatema metafórico. Pero es que, además, y entrando en el ámbito de lo virtual, aun si hubiera tenido visos de verdad en algún momento en su bisoñez intelectual, el Koselleck maduro, ni siquiera el provector, secundó el lema hegeliano de que quien niega a la razón su derecho a evolucionar niega la propia razón. *Mutatis mutandis*, quien niega a la historia conceptual su derecho a evolucionar, niega la propia historia conceptual, lo cual no sólo se refiere a la emancipación de aquella versión instrumentalizada ideológicamente por los gerifaltes pardos, brunneriano-schmittiana, sino también a la receptividad y rentabilidad, entre otros, de los giros lingüísticos, icónicos y retóricos en la ciencia histórica.

Ante todo hay que tener muy presente que Koselleck no establece ninguna relación de mutua repulsión o incompatibilidad entre concepto y metáfora y que sólo hace profesión de fe de honestidad intelectual, cuando reconoce tanto los forzosos límites de su investigación lexicográfica, esto es, de su léxico (cualquiera que se haya embarcado en una empresa aun lejanamente similar ha sufrido en sus carnes la presión interna y externa para acotar la extensión a sabiendas de que dejaba en la cuneta voces y entradas capitales), como a la vez la difícilmente superable autoridad de Blumenberg en el terreno metaforológico (recordemos el papel del reconocimiento en la definición gadameriana de una

autoridad no autoritaria, de una *auctoritas*, que se conquista por méritos propios, por el curriculum vitae, y no se impone por la fuerza, cuyo contrapunto sería la sumisión y la obsecuencia). En el balance retrospectivo que prologa el volumen VII de los *Geschichtliche Grundbegriffe* (GG) declara sólo que la empresa se habría sentido desbordada si hubiera atendido a las metáforas con un rigor a la altura de su admirado polígrafo de Lübeck, y, por tanto, franquea el paso a un desiderátum no colmado, que incontestablemente habría enriquecido el diccionario. Las palabras de Koselleck son las siguientes: «Igualmente cabe objetar que lo metafórico de nuestros conceptos, como ha indicado Hans Blumenberg, no ha sido estudiado de manera sistemática. Todos estos postulados aguardan una ulterior elaboración que habría sobrepasado nuestro lexicón de haberse abordado de inmediato». De la envergadura de semejante plan da buena prueba el hecho de que una iniciativa análoga quedase abortada antes de nacer en la misma editorial anfitriona del otro gran diccionario histórico-conceptual, la suiza Schwabe. Pero al mismo tiempo, en ese volumen VII, recurre con tono reivindicativo a la expresión «metafórica de los conceptos»,¹ que sugiere la fecundidad de reparar en esas costuras figuradas y que, en consecuencia, no estamos ante un oxímoron.

Por parte de Blumenberg, sabemos, por hallazgos recientes, que simpatizaba con la persona y el proyecto de Koselleck y llama la atención el contraste entre la actitud recelosa y hostil con el *Historisches Wörterbuch der Philosophie* (HWP) de Ritter² y la teoría histórico-conceptual subyacente, encorsetada por el ideal cartesiano, y la cálida y generosa con el coeditor más joven de GG. Se negó a auspiciar el primero durante su presidencia de la comisión de filosofía de la

¹ *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (GG), Klett-Cotta, Stuttgart, 1972-1997, aquí vol. VII, 1992, p. VIII. Dos obras de referencia sobre este tema son: Alexander Demandt, *Metaphern für Geschichte*, Beck, Múnich, 1978, y Franklin Rudolf Ankersmit, *Historia y tropología*, FCE, Ciudad de México, 2004. Los destellos reivindicativos de Hayden White y Paul Ricoeur parecen haber languidecido.

² *Historisches Wörterbuch der Philosophie* (HWP), Schwabe, Basilea, 1971-2007. Cf. F. Oncina, «Historia in/conceptual y metaforología: método y modernidad», en: F. Oncina y Pedro García-Durán (eds.), *Hans Blumenberg: Historia in/conceptual, antropología y modernidad*, Pre-Textos, Valencia, 2015, pp. 17-29). La misma editorial helvética que antaño promovió el HWP, junto con la Academia de las Ciencias y de la Literatura maguntina, tan activa también en el alumbramiento de la *Begriffsgeschichte*, llegó a patrocinar una empresa paralela sobre las metáforas («*Das Metaphernprojekt –Scientia Metaphorica*»), liderada por Lutz Danneberg, Petra Gehring, Helmut Kühn, Roland Kany, Margarita Kranz y Jürgen Niederhause, que, sin embargo, acabó naufragando. Es, no obstante, llamativo que algunos colaboradores de HWP se involucraran en este proyecto abortado antes de nacer. En el ínterin, y ante la parálisis de tal empresa elefantiásica, Ralf Konersmann ha editado *Wörterbuch der philosophischen Metaphern* (Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 2007).

Academia de Maguncia, mientras que propuso anclar el segundo en esa institución, y su afinidad con el profesor de Bielefeld le llevó a proponerle publicar en el *Archivo para una Historia Conceptual*, la revista que dependía orgánicamente de él, una versión más elaborada de la introducción a su lexicón. Apreciaba al menos dos aspectos del programa koselleckiano: el dinamismo de los conceptos, que, al rebufo del criterio de la temporalización válido para la *Sattelzeit*, impedía la fosilización o cristalización –a ella le dedicará su capítulo Ernst Müller– de los conceptos como magnitudes eternas, y la dimensión metafórica vertebradora de los conceptos, esto es, las transiciones entre esos elementos discursivos (u otros de los que después insertó en la gama de lo inconceptual). Blumenberg acabó muy decepcionado no sólo con la universidad, sino también con los foros alternativos al mundo académico, como la comisión senatorial de la DFG (siglas por las que se conoce a la poderosa Fundación para la Investigación Alemana) dirigida por Gadamer y la posterior aventura del grupo Poética y Hermenéutica, del que era cofundador. Luego optó por un retiro ermitaño del que Koselleck intentó sacarlo de manera reiterada e infructuosa.

SATTELZEIT Y SUS ALIAS

Pero más allá de las cavilaciones especulativas, en las que Koselleck no se ha prodigado –Falko Schmieder las examinará con mayor atención–, su trabajo de campo metaforológico ha sido indispensable para su proyecto, tanto en lo concerniente a la historia conceptual en su vertiente de método o enfoque historiográfico como en la de teoría de los tiempos históricos. Sus escritos están irrigados por metáforas que han sido tan exitosas que la mayoría de sus actuales usuarios ignoran quién fue su creador y han pasado al acervo cultural, científico y académico común. La principal es el tándem *Sattelzeit/Schwellenzeit*, aunque el de «espacio de experiencia/horizonte de expectativa» no le va a la zaga. Frente a las críticas formuladas contra la ontologización o hipóstasis de la *Sattelzeit*, el propio Koselleck trató de restarle trascendencia. En la «respuesta a los comentarios a los GG» en un encuentro celebrado en Washington y en buena lid con J. G. A. Pocock, matizó:

Concebido inicialmente como un *catchword* en una solicitud de subvención para financiar el lexicón, este concepto ha llegado a oscurecer más que a promover el proyecto. Quizás *Schwellenzeit* (tiempo o período umbral) habría sido una metáfora menos ambigua. (...) Este *Léxico* busca determinar cómo los hablantes

alemanes percibieron, conceptualizaron e incorporaron a su vocabulario los cambios acelerados que tuvieron lugar entre la Ilustración, la Revolución francesa y la Revolución Industrial.¹

Volvió a insistir en tal asunto en la entrevista concedida a Javier Fernández Sebastián y a Juan Francisco Fuentes. Además de explicar su carácter metafórico, señaló que inventó y utilizó el término «en los textos de propaganda comercial que se hicieron para dar publicidad al GG, para vender más ejemplares [*Koselleck ha acompañado toda esta frase con una clara sonrisa irónica*]». Aun reconociendo que ello le reportó «algún dinero», de inmediato añade que «el término en sí mismo (*Sattelzeit*) no me gusta mucho, porque es muy ambiguo.» Y no acaba de satisfacerle, porque «no alude de forma específica a la aceleración, que es el aspecto crucial de la experiencia moderna del mundo». Por todo eso concluye que «desde el punto de vista teórico, *Sattelzeit* es un término bastante débil». ² A nosotros, sin embargo, se nos antoja especialmente logrado ese eslogan por su fuerza plástica, evocadora, expresiva y polisémica, y por su estrecha imbricación –también nosotros esbozaríamos una sonrisa irónica– con la experiencia moderna del mundo, transida de aceleración. Probablemente el creador de este neologismo quiso blindarse ante el aluvión de críticas que se le estaban formulando bajo el palio común de una tentativa de ontologización o hipóstasis de ese lapso temporal. La ambigüedad inherente a toda metáfora, por la que aquí parece hacer un ejercicio de expiación, resulta muy fructífera, y no creemos que su sustitución por la otra metáfora, *Schwellenzeit*, gane ni en originalidad ni en feracidad ni en rigor. Antes de adentrarnos en la ambivalencia, hipológica y geológica, de la metáfora, aduciremos una prueba adicional de que, más allá del término *Sattelzeit*, la suposición histórico-conceptual es ampliable a la historia europea y no sólo germana del mismo período, como réplica a los arietes del dúo Pocock-Skinner. Tal prueba la proporciona la colaboración de Koselleck con Louis Bergeron y François Furet en *Das Zeitalter der europäischen Revolution*. En esta obra, en vez de *Sattelzeit*, la herramienta heurística con la que se estudia la horquilla entre 1780-1848, adquiere la denominación –más prosaica pero no menos eficaz analítica e histórico-conceptualmente– de *época de las revoluciones europeas* –con un claro

¹ R. Koselleck, «A Reponse to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*», en: Hartmut Lehmann y Mervin Richter (eds.), *The Meaning of Historical Terms. New Studies on Begriffsgeschichte*, German Historical Institute, Washington D.C., 1996, p. 69.

² Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, «Historia conceptual, memoria e identidad (II): entrevista a Reinhart Koselleck», *Revista de Libros*, n.º 112, abril de 2006, p. 8.

efecto anamnético del libro casi homónimo de Eric Hobsbawm.¹ Con ella se pretende comprender «el comienzo de nuestra época (...) mediante el examen de múltiples aspectos, considerando las estructuras a través de su evolución en el tiempo y en las particulares conexiones de sucesos alternativamente»,² que incluyen desde la Revolución Industrial en Inglaterra, pasando por la Revolución francesa y sus consecuencias hasta la Restauración en Prusia y la ola revolucionaria del 48 del *Vormärz*. También Fernández Sebastián admite su solvencia como hipótesis de partida en el titánico programa de investigación sobre los *iberconceptos*.³

Por tanto, *Schwellenzeit* o *época de las revoluciones europeas* pueden fungir de sinónimos de *Sattelzeit*. Al margen de la cuestión nominal, lo relevante estriba no sólo en la conjetura de que entre los siglos XVIII y XIX se produce una mutación tanto del significado de los conceptos como de las estructuras sociopolíticas, sino en que dichas transformaciones están alentadas por una nueva experiencia de la temporalidad histórica con la que se retroalimenta. Si se tienen en cuenta la temporalización de los conceptos y la aceleración vinculada a ella de la que es índice y factor y nos apercebimos de que «*Sattelzeit* no es ni una noción ontológica ni está uncida a una lengua nacional particular»,⁴ entonces se la puede considerar un criterio (con distintos alias: *Schwellenzeit* [tiempo umbral], *época de las revoluciones europeas*, vg.) privilegiado para comprender el movimiento histórico y las torsiones de la conciencia que atraviesan la historia europea entre los siglos XVIII y XIX en su ingreso en la modernidad.

¹ Cf. Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution. Europe 1789-1848*, Weidenfeld & Jones, Londres, 1962 [Hay traducción en castellano: *La era de la revolución, 1789-1848*, Crítica, Barcelona, 2007.] Cf. Héctor Vizcaino, *Historia conceptual y crítica de la modernidad. R. Koselleck y la historia efectiva de la Begriffsgeschichte en Italia* (tesis doctoral, Universitat de València, noviembre de 2018).

² Louis Bergeron, François Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848* [1969], Siglo XXI, Madrid, 1994, p. 1. A ello añaden que «en los últimos años del siglo XVIII y al comienzo del siglo XIX, las cosas cambiaron mucho en Europa occidental. A través de una serie de rupturas, una Europa moderna se fue desprendiendo de un orden antiguo, cuyos elementos databan de la Edad Media, y a veces de la Antigüedad o de la Prehistoria. Semejantes alteraciones, que sin duda merecen el calificativo de revolucionarias, resultan difíciles de fechar, porque su génesis y su desarrollo no obedecen a reglas de simultaneidad ni de uniformidad» (ib., p. 2.).

³ «la tan discutida noción de una época umbral –*Schwellenzeit* o, más usualmente, *Sattelzeit*– en la cual todo el universo semántico se habría visto sometido a un proceso de renovación acelerado pudiera ser una herramienta heurística adecuada y fructífera para nuestro análisis histórico-conceptual» (Javier Fernández Sebastián, «Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos», en: *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850* [Iberconceptos-I], CEPC, Madrid, 2009, p. 29; cf. pp. 25, 34).

⁴ Reinhart Koselleck, «A Reponse to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*», op. cit., p. 69.

Recordamos las cuitas de Luis Fernández al enfrentarse a la traducción de ese fuego fatuo y su coraje al apostar por «período bisagra»,¹ aun a sabiendas de que la tarea no quedaba así redondeada ni siquiera satisfactoriamente rematada. Atado al lecho de Procusto, en que a menudo se convierte el escritorio del traductor, tiene que violentarlo, descoyuntarlo y mutilar sentidos y matices nada baladíes, pues merece estar en el diccionario de los intraducibles junto con otros conspicuos compañeros de viaje, flanqueado, vg., por la *Tathandlung* fichteana o el retorcido *Dasein* heideggeriano, como el propio Koselleck ilustró en la elocuente caricatura que le dedicó.

La peculiar datación koselleckiana de la *Neuzeit* se nos antoja quizás extraña en el ámbito filosófico, habituados a fecharla un siglo y medio antes, con la emergencia del racionalismo y el empirismo, y no debe sorprender la retrodatación patrocinada por el Grupo de historiadores de la filosofía de Padua –y del Centro Interuniversitario di Ricerca sul Lessico Politico Giuridico Europeo (CIRLPGE)–, en su caso atendiendo a la génesis del iusnaturalismo. Koselleck es consciente de que la articulación del tiempo en épocas históricas balizadas siempre paga el peaje de las inexactitudes e incluso parodió esos cortes arbitrarios con una historia de la humanidad que gira en torno a los caballos, como veremos. En primer lugar, incide en «la escasa precisión que aporta la cronología anual para caracterizar los cortes entre épocas». ² Fechas como 1492, 1648, 1789, 1848 o 1989 tienen más un valor simbólico que cognoscitivo-historiográfico. Una dificultad añadida surge cuando se abandona la singularidad del acontecimiento concreto del que la fecha es una sinécdoque y se amplían las coordenadas a décadas o centurias. En ese caso, «cuanto más grandes [son] las relaciones consideradas más difícil result[a] encontrar delimitaciones precisas». Tratando de sortear estos dos escollos y con el objetivo de identificar cesuras históricas no tanto en las historias nacionales como en la historia europea, Koselleck propone la noción de «umbral epocal» o «umbral de época (*Epochenschwelle*)», que permite «encontrar un compromiso entre los datos cronológicos orientativos y las determinaciones estructurales profundas», facilitando «abarcas procesos a largo plazo definibles como épocas de transición que nos sirven para fijar bajo determinados criterios establecidos las condiciones mínimas de un “antes-to-

¹ La Introducción al primer volumen del Léxico [1972] ha sido vertida al castellano en el monográfico sobre Koselleck en *Revista Anthropolos*, n.º 223, 2009, pp. 92-105, aquí pp. 94-95 –la citaremos mediante la abreviatura IGG.

² Reinhart Koselleck, «El siglo XVIII como comienzo de la Edad Moderna», en: íd., *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2011, p. 3.

avía-no” o de un “después-ya-no”». ³ Esta cuestión preocupa a una de las vanguardias culturales en Alemania, el grupo Poética y Hermenéutica, que le consagró un congreso y el consiguiente volumen, coeditado por Koselleck, ⁴ quien, como se sabe, era un asiduo a los encuentros de este foro. Pero de este tema se ocupa el capítulo de nuestra colega berlinesa Barbara Picht.

Conforme a un tópico bibliográfico, aunque ya no admitido con absoluta unanimidad, ⁵ la constelación conceptual innovadora gestada en Europa en el curso de la *Sattelzeit* mantiene un protagonismo inalterado también en el contexto cambiante de las sociedades industriales avanzadas hasta nuestros días. Tal circunstancia confiere a los conceptos modernos el peculiar «rostro de Jano» que hace de ellos goznes mediadores entre presente y pasado e induce al historiador conceptual a lanzar su mirada más allá de los límites canónicos de la horquilla temporal indagada, hasta el corazón de la más palpitante actualidad. La metáfora del «rostro de Jano» aparece en la *Einleitung* a los GG y Koselleck se sirve de ella para indicar la característica duplicidad de los conceptos que «retrospectivamente indican datos de hechos sociales y políticos que no estamos en condiciones de comprender sin un comentario crítico, mientras que dirigidos hacia delante y hacia nosotros han adquirido significados que, aun mereciendo una explicación, nos aparecen inmediatamente comprensibles». ⁶

A la luz de la noción de *umbral epocal*, con funciones heurísticas análogas a las de *Sattelzeit*, pero sin su pregnancia ni enjundia, Koselleck fija algunas directrices que permiten afirmar que el siglo XVIII es el momento en el que se forja la modernidad. En primer lugar, la temporalización del tiempo histórico, en virtud de la cual a partir del Siglo de las Luces «el tiempo no es sólo el marco formal en el que todas las historias tienen lugar, sino que también obtiene una cualidad histórica». Esto es, «la historia no sólo se realiza en el tiempo, sino

³ Ib., p. 4.

⁴ Reinhart Herzog y Reinhart Koselleck (eds.), *Epochenschwelle und Epochenbewusstsein*, Poetik und Hermeneutik, Fink, Múnich, 1987. El congreso se celebró en septiembre de 1983.

⁵ Hoy se tiende incluso a hablar de múltiples *Sattelzeiten*: 1900, la Segunda Guerra Mundial, la década de 1970, etcétera, lo que plantea la necesidad de actualizar el diccionario GG en lo que atañe tanto a los criterios como a los conceptos fundamentales, para dar cuenta del siglo XX en adelante. En ese proyecto (*Das 20. Jahrhundert in Grundbegriffen. Lexikon zur politisch-sozialen und -kulturellen Semantik in Deutschland*) se ha embarcado el grupo de investigación ligado al foro de historia conceptual interdisciplinar del Centro Leibniz de Investigación literaria y cultural de Berlín, al que pertenecen nuestros colaboradores Ernst Müller, Falko Schmieder y Barbara Picht. Todavía es pronto para aquilatar si la pandemia del coronavirus alcanzará el rango de una *Sattelzeit*, tal como proclaman no pocos publicistas.

⁶ GG, vol. 1, p. XV.

también a causa del tiempo»,¹ fraguándose la idea de que la novedad absoluta en política, allende el ciclo constitucional aristotélico-polibiano, es plausible:

Grosso modo, la formación del concepto de un nuevo tiempo [*neue Zeit*] o de «Edad Moderna» [*Neuzeit*] (...) intenta abarcar conceptualmente lo que con anterioridad había sido *imposible*. En la medida en que «Edad Moderna» lleva consigo lo absolutamente nuevo, se trata de algo absolutamente único.²

En segundo lugar, la experiencia de la novedad propia de una temporalidad inédita implica «el acceso a un *futuro abierto*», en un doble sentido: «No parte sólo de las invenciones, innovaciones y descubrimientos que le han dado retrospectivamente al mundo una nueva forma», sino que, además, «el mismo concepto» de modernidad «parece dirigirse al futuro en el que se ubica lo nuevo».³ Se produce «un giro hacia el futuro»,⁴ que aleja cada vez más las experiencias acumuladas de las expectativas creadas y sella la desnaturalización del tiempo y la despedida –no exenta de tensiones, como defenderá F. Schmieder– de la metafórica natural. Se erosiona así el «carácter ejemplar de los antiguos», compendiado en el *topos* ciceroniano *historia magistra vitae*, «que se había basado en la igualdad estructural de toda posible historia pasada y futura», dinamitada por la hegemonía de lo único y de lo absolutamente novedoso.⁵

Koselleck, no obstante, formula una insólita pregunta: ¿cuán nueva (o moderna [*neue*]) es la modernidad (*Neuzeit*)?⁶ se sobreentiende que con respecto al pasado. La recopilación de las novedades inauditas a partir del siglo XVI que «irrumpieron en nuestro espacio de experiencia heredado»⁷ la inicia evocando a «cierto monje que... clava noventa y tantas tesis en la puerta de la iglesia en Wittenberg para impugnar la gestión financiera de la gracia de la Iglesia», una legión de «humanistas, bibliófilos eruditos, que se sumergen con curiosidad en textos antiguos, los

¹ Reinhart Koselleck, «El siglo XVIII como comienzo de la Edad Moderna», op. cit., p. 13.

² Ib., pp. 10-11.

³ Ib., p. 14. Una obra fundamental sobre las novedades que incorpora la modernidad al concepto de futuro es la de un discípulo de Koselleck, Lucian Hölscher, *El descubrimiento del futuro* [1999], Siglo XXI, Madrid, 2014. Hay una segunda edición del original alemán en 2016, que pone al día el tema.

⁴ Reinhart Koselleck, «Modernidad», en: íd., *Futuro pasado (FP)* (1979), Paidós, Barcelona, 1993, p. 301.

⁵ Reinhart Koselleck, «El siglo XVIII como comienzo de la Edad Moderna», op. cit., p. 14. Sobre el ocaso del *topos* ciceroniano por la nueva experiencia moderna de la temporalidad, cf. Reinhart Koselleck, «Historia magistra vitae» en *FP*, pp. 41-66.

⁶ Cf. Reinhart Koselleck, «Wie neu ist die Neuzeit?», en: íd., *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2000, pp. 225-239.

⁷ Ib., p. 226.

editan, comentan y critican», ayudados por un «un hombre [que] inventa la imprenta». También incluye en su listado a «un persuadido y valiente navegante [que] descubre sin querer América» y a otro que «poco después (...) circunda la forma esférica de la Tierra». Por último, no le pasa inadvertido que «un astrónomo o astrólogo transforma esa esfera en un cuerpo celeste que gira alrededor del Sol».

El calado de esta serie de eventos únicos consistirá en su impronta de largo recorrido una centuria después. A partir del siglo XVII «la Iglesia se desintegra, surgen nuevas confesiones y sectas que se agitan por todas partes» y entonces «ningún llamamiento a la tolerancia logra evitar que, en una persecución mutua, en la llamada guerra civil religiosa, un gran número de personas» se maten entre sí. Además, «allende el mar, mientras los navegantes cristianos se roban mutuamente sus expolios, surgen imperios coloniales globales. La Tierra es progresivamente dominada por Europa, las riquezas se acumulan y se multiplican». De manera paralela, en el continente la semilla plantada por los humanistas florece ahora robusta. Lo prueban «las nuevas ciencias naturales [que] explican teóricamente la naturaleza, pero enseñan a dominarla cada vez más también en la práctica». A la vez, la economía, la política y el arte de la guerra «se transforman en ciencias experienciales para aumentar su efectividad», entrando en escena dos grandes actores de la modernidad: «Promotor y usufructuario de todo esto son el Estado moderno y también la nueva sociedad civil burguesa», que mantiene con aquel una relación tirante.

En el Siglo de las Luces «todos estos resultados ya forman parte del repertorio de experiencias establecido» y de los conocimientos con que se domeña la naturaleza y el hombre. A la sazón gana pujanza «el concepto de un nuevo tiempo, de una nueva historia», y el individuo comienza a verse «como contemporáneo de un nuevo período muy diferente de las llamadas Edad Media y Antigüedad»,¹ como ciudadano del hace poco descubierto continente de la *Neuzeit*, donde son soberanas la *crisis* y la *aceleración*, en las que se agavilla la modernidad.

¹ Ib., pp. 225-226.

LAS ACEPCIONES HIPOLOGICA Y GEOLÓGICA DE «SATTEL»

Habíamos dejado en barbecho la cuestión de la exuberancia semántica y plástica de la metáfora koselleckiana por excelencia, pero asimismo la más controvertida: *Sattelzeit*. *Sattel* es un término que se emplea en dos ámbitos muy distintos, el de la equitación y el de la geografía, dos ámbitos, el equino y el geológico, que frecuentará el historiador a lo largo de toda su obra y que penetrará hasta en su inconsciente. Ha tenido tal éxito que, como indicábamos, hoy integra el caudal común interdisciplinar. ¿Cómo cabe entender el símil de esa centuria de 1750 a 1850, jalonada por la Revolución francesa y luego por la industrial, con un *Sattel*? Se trata de una doble imagen. La geográfica significa anticlinal, esto es, el plegamiento de las capas del terreno en forma de A o de V invertida —la palabra compuesta *Bergsattel*, paso o puerto de montaña, collado, desfiladero—. La hipológica mienta la silla de montar. Como la cresta de una montaña, línea divisoria de las aguas vertientes, la época revolucionaria separa la sociedad moderna del mundo agrícola, y esta elevación en el mapa temporal se asemeja a un anticlinal, con pendientes en ambos lados, que permite imaginarnos la lentitud con la que se asciende por una y la celeridad, conforme se avanza hacia abajo cada vez más vertiginosa, con que se desciende por la otra, un descenso desbocado por haber perdido los estribos. Desde aproximadamente 1800 todo va más rápido. La continua aceleración es el emblema de nuestra experiencia en el gran relato de Koselleck, quien, desde la silla de montar de ese tiempo velocífero a caballo de dos umbrales, a horcajadas entre 1750 y 1850, narra la obsolescencia de la *Historia magistra vitae* por el frenético autoadelantamiento del progreso (ya no lineal, sino exponencial), que en su carrera a galope tendido, relampagueante, deja rezagado, inservible y trasnochado, al pasado. Al atravesar una cordillera por uno de sus pasos a la vez que se pierde de vista lo que queda atrás, rezagado, refulge por su visibilidad lo que nos aguarda y tenemos por delante y en pos de lo cual nos apresuramos.

Aunque la afición por el corcel y la equitación se remonta a su juventud (de hecho se alistó en las Waffen SS, siendo su destino la artillería transportada por caballos¹ en la Unión Soviética en 1941-1942) y su biblioteca personal sobre el

¹ Precisamente durante el avance de las tropas hacia Stalingrado tuvo un accidente con caballos: agotado, se apoyó en la cureña, y una rueda del vehículo que se movió mientras dormitaba le destrozó el pie. En su famoso discurso de Münster hizo una suerte de balance de esta campaña rusa de la *Wehrmacht*: «No se podía ganar con caballos, y menos aún sin ellos» («Der Aufbruch in die Moderne oder das Ende des Pferdezeitalters», en: Berthold Tillmann (ed.), *Historikerpreis der Stadt Münster. Die Preisträger und Laudatoren von 1981-2003*, LIT, Münster, 2005, p. 172).

cuadrúpedo ungulado es extensa, se suele hacer coincidir el llamado «giro hipológico» con su estipendio, ya de emérito, en la Casa Warburg de Hamburgo, lo que es una verdad a medias, pues el motivo venía germinando y madurando desde décadas atrás. La conferencia con la que el 12 de junio de 1997 concluyó aquí su estancia, titulada «La democratización del jinete. Del culto a los muertos dinástico al nacional»,¹ es un presagio del pletórico discurso de agradecimiento pronunciado al recibir el Premio a los Historiadores de la ciudad de Münster, «El despertar de la modernidad o el fin de la época equina». En 2003 habló por primera vez de la «era del caballo» y distinguió tres grandes épocas en el mundo, la preequina, la equina y la posequina y recurrió a esta rudimentaria tríada porque brindaba una nueva óptica de la historia universal: «Sabendo muy bien que todas las periodizaciones (...) se basan en preguntas que determinan nuestra perspectiva, busco un criterio que esquive toda delimitación entre historia antigua, intermedia y contemporánea». ² Aunque no hay una exacta coincidencia cronológica entre la *Sattelzeit* (el período de la silla de montar) y la era equina, lo sustantivo es que el caballo encarna metafóricamente el vergel temático en el que se entrecruzan su faceta conceptual e iconológica: el movimiento y el tiempo. Un excelente continuador de esta línea apenas esbozada por Koselleck —tampoco culminó la monografía que en algún momento pensó dedicarle— es el que fue director durante años del Archivo de Marbach, Ulrich Raulff, con su libro *El último siglo de los caballos. Historia de una separación*.³ ¿Por qué se vio compelido a dar el rodeo a través de la historia de un animal (no tanto de la fábula, frecuente desde la Antigüedad de Esopo a la actualidad de Orwell), y más en concreto la del caballo, para contar la historia de la humanidad? Podríamos espigar varias razones: ninguna otra criatura, aparte del ser humano, nos obliga inexcusablemente a tejer una historia interdisciplinar, transversal, una historia

¹ «Die Demokratisierung des Reiters. Vom Dynastischen zum nationalen Totenkult». Con respecto a la conferencia, la publicación introdujo modificaciones en el título y el contenido: «Der Unbekannte Soldat als Nationalsymbol im Blick auf Reiterdenkmale», en: Wolfgang Kemp, Gert Mattenklott, Monika Wagner y Martin Warnke (eds.), *Dichterstaat und Gelehrtenrepublik (Vorträge aus dem Warburg-Haus, Bd. 7)*, Akademie Verlag, Berlin, 2003, pp. 137-166.

² «Der Aufbruch in die Moderne oder das Ende des Pferdezeitalters», op. cit., p. 161.

³ *Das letzte Jahrhundert der Pferde. Geschichte einer Trennung* (Beck, München, 2016) ha sido traducido como *Adiós al caballo. Historia de una separación*, Taurus, Madrid, 2018. Cf. «Das letzte Jahrhundert der Pferde», en: Hubert Locher y Adriana Markantonatos (eds.), *Reinhart Koselleck und die Politische Ikonologie*, Deutscher Kunstverlag, München, 2013, pp. 96-109. No en balde es autor de otro título elocuente: *El instante invisible. Conceptos del tiempo en la historia (Der Unsichtbare Augenblick. Zeitkonzepte in der Geschichte)*, Wallstein, Göttingen, 1999).

de historias, porque su protagonismo permite las historias de la técnica, del transporte, de la agricultura, de la guerra, del comercio, de la comunicación, etcétera. Amén de en estas historias reales, acontecidas, comparece en las historias relatadas (desde historias de conocimientos a las literarias) y en las historias de las metáforas, los mitos y las imágenes.¹ Pero sobre todo el caballo representaba la experiencia de la aceleración, era la máquina veloz por antonomasia, que, sin embargo, acabaría siendo superada por otras máquinas aún más veloces y cayendo en el olvido, integrando, tras la ceremonia del adiós y de la ruptura del pacto centáurico que se demoró durante siglo y medio, desde los albores del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, la parte olvidada, vencida. Koselleck no dejó de repetir que es justamente de los vencidos de quien cabe extraer el más frondoso aprendizaje histórico. En la búsqueda de vías estéticas para encarar la irrupción del absurdo, que puede hacer enmudecer al lenguaje, repara en la lacerante ruptura del pacto del centauro, cuando hombre y animal convergían en la figura del jinete definido como hombre sobre caballo. Vivieron bien avenidos hasta la separación definitiva, al perder el hombre su humanidad por un embrutecimiento y envilecimiento progresivo que alcanza su cenit con el genocidio. Esa visión onírica o esa realidad que supera la ficción del caballo (ya sin jinete) del apocalipsis de 1942 oficia de cifra de la autodestrucción de la humanidad.

¹ Uno de los primeros tanteos de Koselleck en la iconología política fue un excursus sobre un cuadro de Albrecht Altdorfer (ca. 1480-1538), *La batalla de Alejandro en Issos*, inserto en su lección de habilitación de 1965, que luego pasó a ser el capítulo inaugural de *Futuro pasado*. Ese capítulo, titulado «Futuro pasado del comienzo de la modernidad», se remonta al agitado año 1968. Altdorfer traza sobre el lienzo la batalla de Issos en el año 333 a. C. y contrapone los bríos de los macedonios con el joven Alejandro al frente sobre su corcel Bucéfalo al desconcierto de los persas con Darío en fuga en su carro de guerra de tres caballos. El jinete se alzó con la victoria y la nueva técnica militar de la caballería se impone sin paliativos sobre la obsoleta de los carros de guerra. Dado que en ese período se incubaba el proyecto del lexicon, anunciado en su artículo programático «Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit» (*Archiv für Begriffsgeschichte*, XI/1, 1967, pp. 81-89 –aunque fue redactado en 1963–), donde aparece ya la expresión *Sattel-Zeit* («era de la silla de montar») –la franja temporal 1750-1850– (p. 82), cabría sospechar, sospecha acaso demasiado aventurada, que Koselleck pretendía polemizar con el concepto de época axial (*Achsenzeit*) –viraje entre los siglos VIII y II a. C. hacia el pensamiento reflexivo que hizo a los humanos conscientes de su finitud y de la posibilidad de trascenderla–, introducida en el libro *Origen y meta de la historia* (1949) por su profesor en Heidelberg, Karl Jaspers: «Un mundo joven que se atreve a cuestionar la cultura de carros de guerra de la vieja escuela. La historia conceptual sobre la silla de montar contra la historia espiritual centrada en un eje. Sin duda una bonita película: Alejandro contra Darío, la era de la silla de montar contra la época axial, la historia conceptual contra la filosofía de la historia, donde se sabe desde el principio quién ganará» (Ulrich Raulff, *Adiós al caballo*, op. cit., pp. 332-333). Una constelación abigarrada de autores (Alfred Weber, Oswald Spengler, Hans Freyer, etcétera) insistieron en la revolución de la historia de la humanidad que supuso la combinación de caballo y carro de guerra (ib., pp. 333-337).

Tal episodio siniestro sepultado en su memoria lo desentierra sesenta años después.¹

Zygmunt Bauman explica con tino otra de las acepciones de la metáfora koselleckiana, la geográfico-geológica, que mienta la cima del puerto o paso de montaña –con los matices que hemos introducido con anterioridad–. El polaco-británico hace suya la metáfora de la «época silla» para caracterizar una modernidad que describe como el tiempo en el que este tiene historia y cuyo desenlace es la dinamización inexorable de los parámetros vitales por encima del umbral que toleraría una eventual resolidificación de los mismos.² Aquello que justifica la atribución al siglo XVIII de una suerte de sentido fundacional es la inauguración de una forma de entender el mundo y la posición del individuo en él, para la que la realidad es una tarea humana en el doble sentido de una actividad de elaboración y de un deber encomendado. El mundo no es sino lo que llega a ser como resultado de la voluntad y la acción humanas y, en consecuencia, el humano no puede desembarazarse de una tarea de la que dependen su condición y la de su entorno:

El rápido ritmo de cambio revelaba la temporalidad de todos los arreglos mundanos, y la temporalidad es un rasgo de la existencia humana, no de la divina.

¹ El 23 de diciembre de 2002 tradujo en palabras la imagen de un caballo gravemente herido que había visto en el verano de 1942: «Vi a los muertos con la mitad del cráneo destrozado –en Borisow tras su reconquista–, pero estaban muertos. Luego vi uno de esos caballos con la mitad del cráneo destrozado, y estaba vivo; galopaba a lo largo de la columna de marcha, era la desesperación misma ante la muerte; nadie podía rematarlo, porque ni un caballo de carreras podía adelantarlo y porque un disparo desde una posición fija habría puesto en peligro a los soldados que marchaban. Y el caballo siguió corriendo con su medio cráneo, como una inversión del apocalipsis: el caballo no era un mensajero de la muerte; era la encarnación de la autoaniquilación humana, que arrastra consigo a todo lo viviente» (Ulrich Raulff, *Adiós al caballo. Historia de una separación*, op. cit., pp. 275-276). Se trata de una anotación manuscrita extraída de sus papeles póstumos depositados en el Centro alemán de Documentación de Historia del Arte de Marburgo (Deutsches Dokumentationszentrum für Kunstgeschichte – Bildarchiv Foto Marburg).

² Zygmunt Bauman, *La cultura como praxis* [1999], Paidós, Barcelona, 2002, pp. 15-16 y 20. En *La sociedad sitiada* y, posteriormente, en *Estado de crisis*, volverá a recuperar la metáfora, aunque proyectándola sobre la propia situación de marcha incontenible hacia un futuro incierto en que nos encontramos actualmente: «Estamos subiendo una pronunciada ascensión tratando de alcanzar la cima del puerto. La pendiente es tan fuerte que, si nos detuviéramos y acampáramos, ninguna estructura que tratáramos de montar resistiría los vientos racheados y las tormentas. Así que tenemos que seguir ascendiendo y eso es lo que hacemos. Pero de lo que hay al otro lado de la subida (si es que llegamos alguna vez a tener la oportunidad de contemplarlo) no podemos saber nada hasta que crucemos el paso de montaña. Es una metáfora diferente, pero sirve para caracterizar una situación sorprendentemente similar a la del Ángel de la Historia de Klee/Benjamin» (Zygmunt Bauman, *Estado de crisis* [2014], Paidós, Barcelona, 2016, pp. 95 y 181; cf. *La sociedad sitiada* [2002], FCE, Buenos Aires, 2004, p. 31).

Lo que pocas generaciones antes había parecido una creación divina, un veredicto inapelable ante cualquier tribunal terreno, pasó entonces a ser sospechoso de esconder la tozuda huella de las empresas humanas, que, tanto si son correctas como si no, siempre resultan mortales y revocables.¹

Más allá o más acá del transcurrir natural y de la eternidad divina, hay un tiempo que marca la cesura entre el mundo heredado y el que está por hacer y por venir, como una fractura entre lo existente y la esperanza.

LA METÁFORA GEOLÓGICA «ESTRATOS DEL TIEMPO» (*ZEITSCHICHTEN*)

En sus estudios sobre las «estructuras del tiempo histórico» de *Futuro pasado* (1979), pero más prolijamente en los de *Zeitschichten* (2000), Koselleck emplea una metáfora geológica para desentrañar el engranaje de la historicidad: *estratos del tiempo*, puesto que la temporalidad de lo histórico «sólo puede representarse a través del movimiento en unidades espaciales».² La metáfora estratigráfica permite conceptualizarla, incluso visualizarla de un modo «hojaldrado»³ e identificar «diversos planos, con duraciones diferentes y orígenes distintos, pero que, a pesar de ello, están presentes y actúan simultáneamente».⁴

A partir del magisterio gadameriano y su ontología universal del lenguaje («El ser que puede ser comprendido es lenguaje»), Koselleck es consciente de su papel insoslayable en la apertura al mundo, pero también lo es, merced a la

¹ Zygmunt Bauman, *La cultura como praxis*, op. cit., pp. 15-17.

² Reinhart Koselleck, «Einleitung», en: id., *Zeitschichten*, op. cit., p. 9. En otro lugar, precisa que «todas las expresiones históricas, en la medida en que el tiempo no puede explicarse a sí mismo, viven de significados naturales y espaciales que se encuentran en el trasfondo y se aplican metafóricamente a la historia y a sus «movimientos». Uno de estos conceptos es el de *progreso*» (id., «Progrés», en: Hans Ulrich Gumbrecht, Reinhart Koselleck y Horst Stuke, *Història dels conceptes. Il·lustració, progrés i modernitat*, Alfons el Magnànim, Valencia, 2018, p. 189). Giacomo Marramao, para quien es evidente «el carácter inconcebible del tiempo más allá de las referencias a representaciones espaciales», ha insistido en la espacialización de las categorías temporales, en particular si se refieren a los conceptos y los cambios epocales (*Minima temporalia. Tiempo, espacio, experiencia* [1990, 2005], Gedisa, Barcelona, 2009, p. 9; cf. id., «Spatial Turn: espacio vivido y signos de los tiempos», *Historia y Grafía*, n.º 45 (2015), pp. 123-132. Por tal giro se entiende una oferta de metáforas, imágenes y conceptos de índole espacial para indagar la tensión entre estructuras y acontecimientos, entre tradición e innovación, y para dar cuenta de los dispositivos políticos, sociales o epistemológicos pretéritos que operan en la actualidad. Junto con Michel Foucault, Koselleck podría engrosar la nómina de sus pioneros.

³ La expresión es de Javier Fernández Sebastián, «Contra la historia (en singular). Una interpretación de la obra de Reinhart Koselleck», *Ariadna Histórica. Lenguajes, Conceptos, Metáforas*, n.º 1 (2012), p. 250.

⁴ Reinhart Koselleck, «Einleitung», en: id., *Zeitschichten*, op. cit., p. 9.

soberbia investigación de Blumenberg, de las posibilidades heurísticas, cognoscitivas y hermenéuticas que ofrece el lenguaje metafórico para penetrar la historia. Según el metaforólogo, «no sólo el lenguaje piensa antes que nosotros y está, por decirlo así, «detrás» de nuestra visión del mundo», sino que «aún más coercitivamente estamos determinados por el surtido y la selección de imágenes» metafóricas, que «nos «canaliza» aquello que en general se nos puede mostrar y nosotros experimentar».¹ Luego con las miras puestas en una teoría de los tiempos históricos, la metáfora geológica se enfrenta a las dos imágenes lingüísticas con que la tradición ha pensado y experimentado el tiempo, esto es, la del círculo y la de la flecha.²

La estratigrafía implica terciar entre ambas, o mejor dicho, mediante la contemporaneidad de lo no contemporáneo se pretende superar la dicotomía iteratividad cíclica/irreversibilidad lineal. La primera suele asociarse a las culturas primitivas y al cosmos grecolatino. El círculo simboliza el retorno y la recurrencia propias del tiempo de la naturaleza (las estaciones, las siembras, las cosechas, los ciclos vitales de nacimiento, crecimiento, muerte, etcétera), pero también de la sucesión en el ámbito político, tanto en las formas de gobierno (según la clasificación clásica aristotélico-polibiana: monarquía, aristocracia y democracia, en sus modelos ideales; o tiranía, oligarquía y demagogia, en sus manifestaciones degeneradas) como en las dinastías propias del mundo estamental-feudal. Lo distintivo de esta imagen del tiempo es la repetición de lo ya-sido, la cual presupone que *nihil novum sub sole* y, por tanto, avala el dictum *historia magistra vitae*.

Por el contrario, la metáfora de la flecha, de raigambre judeocristiana y preponderante en el mundo moderno, connota un único vector en el curso temporal, lineal, progresivo y te(le)ológicamente dirigido bien hacia el *fin de los tiempos*, en un sentido teológico o escatológico, bien hacia el futuro abierto, ignoto, producto del maridaje de la secularización y de los ritmos que comienzan a imponer tanto las revoluciones sociopolíticas como la técnica e industrial.³ Aquí priman la novedad, la decantación hacia el porvenir y la irreversibilidad.

¹ Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología* [1960], Trotta, Madrid, 2003, p. 142.

² Cf. Josetxo Beriain, *Aceleración y tiranía del presente. La metamorfosis de las estructuras temporales de la modernidad*, Anthropos, Barcelona, 2008, pp. 35-105; José María González, *Metáforas del poder*, Alianza, Madrid, 1998, pp. 143-176, y Héctor Vizcaino, *Historia conceptual y crítica de la modernidad. R. Koselleck y la historia efectiva de la Begriffsgeschichte en Italia*, op. cit., pp. 89-102.

³ Esta tesis de raigambre koselleckiana se encuentra desarrollada prolijamente en Lucian Hölscher, *El descubrimiento del futuro*, op. cit., pp. 81-88 y 146-156.

Koselleck objeta que los dos modelos «son insuficientes pues toda secuencia histórica contiene tanto elementos lineales como elementos recurrentes».¹ En aras de «superar la oposición de lo lineal y lo circular»,² y con el trasfondo de la Escuela de los *Annales*, especialmente de Braudel,³ bosqueja una de sus señas de identidad: la «contemporaneidad de lo no contemporáneo (simultaneidad de lo no simultáneo, sincronía de lo diacrónico [*Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen*])»⁴ y apunta a la presencia en el fenómeno histórico de un cúmulo de capas temporales de diversos grados de antigüedad, en el que los sedimentos profundos sirven de lecho para que se depositen otros más recientes:

Los «estratos del tiempo» remiten a formaciones geológicas que alcanzan distintas dimensiones y profundidades, y que se han modificado y diferenciado en el curso de la llamada historia geológica con distintas velocidades. (...) permite[n] separar analíticamente diferentes niveles temporales en los que se mueven las personas, se desarrollan los acontecimientos o se averiguan sus presupuestos de larga duración. (...) Y es que los tiempos históricos constan de varios estratos que remiten unos a otros y sin que se puedan separar del conjunto.⁵

Además, esta operación de deslinde y desbrozo no está desnortada filosóficamente, al tener puestas sus miras en una teoría de la historia, tal como rezaba el perfil de su cátedra de Bielefeld por voluntad de su titular, en una metahistoria, que aspiraba a desmarcarse de las filosofías de la historia ilustradas e idealistas, en las que, en sintonía con otros coetáneos de la Escuela de Ritter (Hermann Lübbe y Odo Marquard), identifica la etiología de la patogénesis de la modernidad. Su teoría procura «investigar las estructuras temporales que podrían ser propias tanto de la historia, en singular, como de las historias en plural», inmunizándose mediante una profilaxis metodológica e ideológica contra la amenaza de que «el

¹ Reinhart Koselleck, «Estratos del tiempo», en: id., *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la historia* [2000], Paidós, Barcelona, 2001, p. 35

² Ib., p. 36.

³ El propio Koselleck revela la influencia del francés, a quien Conze invitaría en la década de 1960 a Heidelberg (Niklas Olsen, *History in the Plural. An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*, Berghahn Books, Nueva York, 2012, pp. 143, 153, 164, 226; sobre las afinidades y los defectos entre los *Annales* y el enfoque koselleckiano, véase Diego Fusaro, *L'orizzonte in movimento. Modernità e futuro in Reinhart Koselleck*, Il Mulino, Bolonia, 2012, pp. 109-113).

⁴ Reinhart Koselleck, «Einleitung», en: id., *Zeitschichten*, op. cit., p. 9; *Futuro pasado*, op. cit., pp. 150-152. Cf. Elías José Palti, «Introducción», en: Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo*, op. cit., pp. 16-19.

⁵ Reinhart Koselleck, «Estratos del tiempo», en: id., *Los estratos del tiempo*, op. cit., pp. 35-36.

proceso semánticamente demostrable que indica el surgimiento de las filosofías de la historia no debería cubrirse de filosofía de la historia».¹

Luego dentro de este marco teórico preliminar localiza dos estratos fundamentales en continua interacción. El primero, experimentable cotidianamente y susceptible de articulación lingüística, son los *acontecimientos*, es decir, hechos o eventos caracterizados por su unicidad, irrepetibilidad, sorpresa e irreversibilidad. La vida de cualquiera está jalonada por este estrato temporal. Koselleck lo ilustra con elocuentes ejemplos: la conversión de Saulo en Pablo, la Revolución francesa, la caída del Muro de Berlín, las crisis económicas y los descubrimientos técnico-industriales (el atentado de las Torres Gemelas en 2001 o la pandemia de 2020 alcanzarán también ese rango). Todos ellos son acontecimientos percibidos por sus contemporáneos como únicos, pero narrables de modos diversos al albur de los intereses políticos y teóricos de quienes los viven y/o estudian. Aquí se consigna la plausibilidad del progreso, simbolizado por la flecha, ya que «las sucesiones únicas vinculadas con acontecimientos pueden ser enumeradas linealmente y sobre dicha línea cabe registrar todas las innovaciones». Así, «el progreso es pensable y posible porque el tiempo, en la medida en que discurre como sucesión de acontecimientos únicos, también libera innovaciones que pueden interpretarse progresivamente»,² por lo que en este nivel estratigráfico «el antes y el después son absolutamente constitutivos».³

El segundo estrato, las *estructuras de larga duración*, o «estructuras de repetición»,⁴ permanecen *casi* inalteradas durante generaciones e incluso durante siglos enteros —configuran no tanto una experiencia directa cuanto un requisito para la misma—, ya que «son supraindividuales e intersubjetivas»,⁵ lo que las convierte en condición de posibilidad de los eventos únicos. La recurrencia se erige en «presupuesto de la unicidad». Koselleck lo aclara mediante un símil muy instructivo:

¹ Reinhart Koselleck, «Historia, historias y estructuras formales del tiempo», en: id., *Futuro pasado*, op. cit., p. 128. Cf. Odo Marquard, *Las dificultades con la filosofía de la historia* [1973], Pre-Textos, Valencia, 2007; id., «Zukunft und Herkunft. Bemerkungen zu Joachim Ritters Philosophie der Entzweiung», en: Kurt Röttgers (ed.), *Politik und Kultur nach der Aufklärung. Festschrift Hermann Lübbe zum 65. Geburtstag*, Schwabe, Basilea, 1992, pp. 104-107. Hermann Lübbe, *Politischer Moralismus. Der Triumph der Gesinnung über die Urteilskraft*, Corso bei Siedler, Berlín, 1987.

² Cf. Reinhart Koselleck, «Estratos del tiempo», en: id., *Los estratos del tiempo*, op. cit., pp. 36-37.

³ Reinhart Koselleck, «Representación, acontecimiento, estructura», en: id., *Futuro pasado*, op. cit., p. 143.

⁴ Reinhart Koselleck, «Estratos del tiempo», en: id., *Los estratos del tiempo*, op. cit., p. 37.

⁵ Ib., p. 144. Cf. Reinhart Koselleck, «Representación, acontecimiento y estructura», en: id., *Futuro pasado*, op. cit., pp. 141-144.

Tomemos el ejemplo banal de un cartero que llega una mañana y nos trae la noticia de la muerte de un pariente cercano. Puede que uno esté afectado o que tal vez se alegre de ello. En cualquier caso es un suceso único el que se nos comunica por medio de dicha carta. Pero el hecho de que el cartero llegue por la mañana a una hora fija es un acontecimiento recurrente, posibilitado cada año por el presupuesto de la administración postal ordinaria. El cartero vuelve a aparecer regularmente cada mañana para llevar noticias únicas. Lo mismo vale para las redes de tráfico y los procedimientos de comunicación. (...) Sin retorno de lo mismo –al menos de lo análogo en la planificación– y sin organización es imposible realizar acontecimientos únicos.¹

Las estructuras iterativas poseen una mayor estabilidad y duración que los acontecimientos, lo cual no comporta que no estén sometidas a la mutación histórica. Lo están, pero esta es mucho más lenta. De ahí el protagonismo concedido a la diacronía: «Ni la categoría de la duración (...) ni la categoría de los acontecimientos únicos que se van sucediendo (...) son apropiadas, por sí solas, para interpretar la historia humana», asentada a horcajadas «entre estos dos polos de (...) repetición permanente e innovación constante».

Para el escrutinio estratigráfico de «las proporciones mezcladas» de repetición e innovación que alimentan el devenir de la historia recurre a las categorías de *aceleración* y de *retraso* (*ralentización*), mas todavía en un contexto descriptivo y no diagnóstico ni crítico, como sucederá en otras contribuciones y en Hartmut Rosa, imbuido de las reflexiones koselleckianas.² Por tanto, el movimiento histórico en general se hace comprensible en el cóctel en que se combinan *iteratividad y unicidad, repetición y singularidad, ralentización y aceleración,*

¹ R. Koselleck, «Estratos del tiempo», en: *id.*, *Los estratos del tiempo*, op. cit., p. 37. El historiador retoma en distintos lugares este ejemplo con alguna variación: «La carta que recibo a las 9 de la mañana puede contener una noticia alegre o triste, que es irreparable e irrevocable. Pero el reparto del correo cada mañana a las 9 se efectúa a diario, pues detrás hay una organización, cuya estabilidad reside en la repetición de reglas acreditadas por su buen funcionamiento y cuyo respaldo financiero es posibilitado por el continuo flujo de los ingresos postales consignados presupuestariamente. Este ejemplo es extensible a todos los ámbitos de la vida humana» («El futuro ignoto y el arte de la prognosis», en: *id.*, *Acercamiento, prognosis y secularización*, Pre-Textos, Valencia, 2003, pp. 79-80, y «Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia», *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, n.º 134 (2006), p. 27.

² Aquí alude al ínclito miembro de la Escuela de los *Annales*: «Todas las modificaciones fácticas, ya sean más rápidas, más lentas o de largo plazo (por precisar las categorías de Braudel), permanecen ligadas, pues, al juego variable en que se intercambia repetición y singularidad» (Reinhart Koselleck, «Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia», op. cit., p. 20). Cf. Faustino Oncina, «De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes», *Historia y Grafía*, n.º 44 (2015), pp. 89-114; Hartmut Rosa, *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*, Katz, Buenos Aires, 2016.

sincronía y diacronía, porque permite establecer a la par continuidades de larga duración y cesuras o umbrales históricos que marcan el final de una época y el comienzo de otra.

Koselleck desliza una analogía nada inocente –por el envite que aun oblicuamente le lanzará el tándem Skinner-Pocock– entre la dinámica del lenguaje y la de la historia: «Quien quiere expresar algo, para hacerse entender, lo primero que hace es servirse del lenguaje sabido, cuyo conocimiento presupone en el oyente; sólo así es posible la comunicación. E incluso quien trata de decir algo nuevo debe hacer comprensible todo lo que quiere decir en el lenguaje dado», por lo que «los actos únicos de habla se apoyan por tanto en la recurrencia del lenguaje, que es actualizado una y otra vez en el momento de hablar y que se modifica a sí mismo lentamente».¹ Como decía un profesor nuestro en Maguncia, Thomas Seebohm, el arte de ser original consiste en olvidar lo que uno ha leído. Cualquier obra cumbre de la literatura, la ciencia o la filosofía, considerada tal por su originalidad y novedad, ha sido tejida con los mimbres legados por los antecesores, por la reproducción, con variaciones y declinaciones diversas, de estructuras lingüísticas, gramaticales, problemáticas, conceptuales, etcétera, que las preceden generando algo inédito, pero no independiente del corpus existente. No hay precursores sin predecesores. O como diría Gadamer, un clásico se forja en o contra la tradición, pero no sin ella, pues incluso para ir contracorriente hay que estar en la corriente, en ese flujo que es sobre todo transmisión. Un texto, por muy rupturista que sea, consiste en una textura trenzada con los hilos de la tradición.² La emisión puntual de una palabra o proposición sólo adquiere

¹ Reinhart Koselleck, «Estratos del tiempo», en: *id.*, *Los estratos del tiempo*, op. cit., pp. 37-38.

² Ya hemos dado a entender el parentesco con la concepción hermenéutica de la *tradición*, con la que Koselleck está familiarizado: «En realidad no es la historia la que nos pertenece, sino que somos nosotros los que pertenecemos a ella. Mucho antes de que nosotros nos comprendamos a nosotros mismos en la reflexión, nos estamos comprendiendo ya de una manera autoevidente en la familia, la sociedad y el Estado en que vivimos. (...) La tradición es esencialmente conservación, y como tal nunca deja de estar presente en los cambios históricos. (...) Esta es la razón de que sean las innovaciones, los nuevos planes, lo que aparece como única acción y resultado de la razón. Pero esto es sólo aparente. Incluso cuando la vida sufre sus transformaciones más tumultuosas, como ocurre en los tiempos revolucionarios, en medio del aparente cambio de todas las cosas se conserva mucho más legado antiguo de lo que nadie creería» (Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método* [1960], Sígueme, Salamanca, 1977, pp. 344 y 349-350). Héctor Vizcaino ha llamado la atención perspicazmente sobre el aire de familia, más allá del universo cultural e intelectual que los separa, entre la noción koselleckiana de los *estratos del tiempo* y el concepto de *intrahistoria* acuñado por Miguel de Unamuno en el ensayo «En torno al casticismo», publicado de 1895 y recogido en 1902 junto con otros trabajos en un volumen homónimo. El pensador español emplea una concepción estratigráfica para distinguir entre los acontecimientos y el poso de la tradición sobre el que estos descansan. Sin embargo, no hace uso de una

sentido si se inserta en un armazón semántico general, repetible y compartible. Al trasluz de la estratigrafía temporal se aprecia una similitud en el dominio histórico: hitos excepcionales como el descubrimiento de América, la Revolución francesa, la batalla de Stalingrado, la caída del Muro, etcétera, son posibles en virtud de su encuadre dentro de estructuras de repetición de larga duración que las preceden (piénsese, por ejemplo, en la *forma regiminis* y la *forma imperii*, esto es, en relaciones de poder). Sin ellas se estaría ante un *sinsentido* (*Unsinn*).¹ Merced a tal paralelismo con el lenguaje la metahistoria koselleckiana consigue el título adoptivo de *semántica de los tiempos históricos*, lo que no equivale a que haya preterido la pragmática, sino que subraya su férrea interdependencia.

El movimiento histórico está animado por la tensión constante entre acontecimientos singulares y estructuras de repetición —sustrato del acontecer, cuyo transcurrir iterativo varía lentamente a lo largo de los siglos—. Una recreación de la metáfora del rostro de Jano ya evocada sirve de bisagra entre ambos estratos: «Los conceptos nos informan no sólo de la singularidad de los significados pasados (para nosotros)», sino que a la vez «contienen posibilidades estructurales, tematizan la simultaneidad de lo [no simultáneo]». ² Por debajo de lo insólito y único están depositados pliegues temporales más antiguos, que continúan perviviendo y operando en el presente. Toda historia, efectiva o posible, real o virtual, estriba en entrelazar tales estratos. De ahí que no sólo de una manera analítica, sino también crítica se pregunta cuán moderna es la modernidad, cuán nueva es esa nueva época, rebajando las ínfulas de quienes han encumbrado

una metáfora geológica para distinguirlos, sino de una marítima: «Si hay un presente *histórico*, es por haber una tradición del presente, porque la tradición es la sustancia de la Historia. (...) Las olas de la Historia, con su rumor y su espuma, que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del “presente momento histórico”, no es sino la superficie del mar (...). Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que, como las madréporas suboceánicas, echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la Historia. Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido, sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la Historia. Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar en el pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras» (Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo* [1895, 1902], Cátedra, Madrid, 2005, pp. 144-145. Véase Héctor Vizcaino, *Historia conceptual y crítica de la modernidad. R. Koselleck y la historia efectiva de la Begriffsgeschichte en Italia*, op. cit., pp. 99-100).

¹ Cf. Reinhart Koselleck, *Historia y Hermenéutica* [1987], Paidós, Barcelona, 1993, p. 92.

² Reinhart Koselleck, «Representación, acontecimiento, estructura», en: *id.*, *Futuro pasado*, op. cit., p. 151 (en la versión castellana, a la que no nos hemos atenido, se lee: «Simultaneidad de lo anacrónico (*Ungleichzeitigen*)»).

la modernidad como una continua e insaciable apoteosis de la innovación y la primicia, desdeñando lo anterior y lo rutinario.

La reflexión koselleckiana es aplicable a la experiencia humana inmediata, la epidermis de la linealidad, en la que un acontecimiento único e irreversible puede sorprender al suceder lo inesperado, y la sorpresa nos depara experiencias nuevas acumulativas. Pero entonces entra en escena una segunda capa que aloja las experiencias repetitivas, las cuales son el salvoconducto de la novedad. La experiencia humana es bifronte: es única a la par que una secreción de los sedimentos que se han ido depositando en este nivel, por consiguiente, siguen disponibles y operativos para nosotros y constituyen un yacimiento de recursos para los comportamientos sociales, como vestigios del pasado, incluso como atavismos, o como modelos de ejemplaridad, pero en cualquier caso son un *vademécum* de nuestra existencia pasada, presente y venidera.

Koselleck extrae «una consecuencia triple»: en primer lugar, que «no se funden los planos temporales por más que se condicionen mutuamente». En segundo lugar, que «un acontecimiento puede alcanzar significado estructural —según el cambio de plano que se investigue», tal como evidencian las fechas 1492, 1789 o 1989—. Por último, que «la “duración” puede convertirse también en acontecimiento». ¹ En un desconcertante corolario reside el potencial crítico del diagnóstico koselleckiano, compartido tanto por las otras versiones, siempre conservadoras, de la historia conceptual (la hermenéutica de Gadamer, la compensatoria de la Escuela de Ritter e incluso la metaforológica de Blumenberg), como por las críticas ideológicas comprometidas con la Escuela de Fráncfort y sus epígonos (Hartmut Rosa sería su más mediático candidato). Nos referimos al dictamen de que los ritmos temporales imprimidos por la *Neuzeit* son tan rápidos que han encogido la duración de las estructuras de repetición a la propia de los acontecimientos. Las transformaciones técnicas aceleradas del mundo están disolviendo velociferinamente los estratos que conforman el subsuelo profundo de lo histórico y, por tanto, del humus de la condición humana, que vive hacia delante, pero sólo se entiende mirando hacia atrás y no puede prescindir del retrovisor. El apresuramiento moderno se ha olvidado de declinar en pretérito y se ensaña con lo transmitido despacio, y uno de los autores más caros a Koselleck, Goethe, lo advirtió de la fatalidad que nos aguarda: «No tengo más remedio que considerar que la mayor desgracia de nuestra época, de este

¹ Reinhart Koselleck, «Representación, acontecimiento, estructura», en: *id.*, *Futuro pasado*, op. cit., p. 149.

tiempo que no permite que nada madure, es que devoramos cada instante al cabo de un instante, que arruinamos el día antes de que acabe, y que así vivimos siempre al día, sin engendrar nada».¹ Las literaturas europeas de la época se inocularon ese virus de la prisa y ese temple a la vez optimista y desasosegado. Desde la *Sattelzeit* se consolida la convicción de que la verdad y la justicia, el reino de Dios en la tierra, habitan en el todavía-no y se desata la *pasión por el futuro y por el cambio*.

La aceleración es «un cambio en el sentir y la conciencia del tiempo»,² cataliza la «desnaturalización de [su] hasta entonces tradicional experiencia», uncida a los ciclos naturales y sociopolíticos, y abre un surco abisal, casi imposible de colmar, entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa.³ Con el imparable proceso de divorcio entre el tiempo de la vida y el tiempo del mundo, por decirlo con Blumenberg,⁴ que se concreta en «un cambio de la experiencia constantemente acelerado», según Koselleck, «hemos encontrado un criterio que caracteriza a la llamada Edad Moderna: la aceleración».⁵ Este sentimiento se vio intensificado especialmente «por el desasosiego que provocaba el desarrollo técnico».⁶ El sismo y el furor que este desencadena lo ilustra el símbolo de las locomotoras. Estamos en medio del proceso de desequinación, de

¹ Carta a Nicolovius de noviembre de 1825 (*Goethes Briefe*, IV, Christian Wegner Verlag, Hamburgo, 1967, p. 159). Koselleck, en el precioso libro que le dedica (*Goethes unzeitgemässe Geschichte*, Manutius Verlag, Heidelberg, 1997), ha negligido esa carta. Un excelente complemento es el ensayo de Manfred Osten, *Alles veloziferisch oder Goethes Entdeckung der Langsamkeit. Zur Modernität eines Klassikers im 21. Jahrhundert*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2003.

² «¿Existe una aceleración de la historia?» [1976], en: Josetxo Beriain y Maya Aguiluz (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Anthropos, Barcelona, 2007, pp. 319-345 (se corresponde con el capítulo número 7 de Reinhart Koselleck, *Zeitschichten*, op. cit., pp. 150-176), aquí p. 331.

³ Ib., pp. 322-323. El reloj mecánico implica una creciente abstracción y desnaturalización de la concepción y experiencia de la temporalidad, pero su capacidad simbólica de la aceleración es limitada: «Con el reloj mecánico de engranajes y, más tarde, el reloj de péndulo se inicia una remodelación de la vida cotidiana con unidades de tiempo cuantificadas que ayudaron a asegurar y fomentar una organización general (*übergreifende*) de la sociedad (...). La metáfora de la maquinaria, especialmente la del mecanismo del reloj que desde el siglo XVII abarcó al cosmos, a la sociedad y al hombre, era todavía una metáfora pre-progresiva (...). El reloj podía medir la aceleración, mas no simbolizarla. Esto se hizo posible sólo con el ferrocarril y su metafórica: Marx habla de las revoluciones como las «locomotoras de la historia», pero no de los relojes de la historia» (ib., p. 325). Cf. José María González García, «Una máquina política perfecta: el reloj barroco», en: id., *Metáforas del poder*, op. cit., pp. 143-176, y el capítulo de Falko Schmieder en este volumen.

⁴ Hans Blumenberg, *Tiempo de la vida y tiempo del mundo* [1986], Pre-Textos, Valencia, 2009, pp. 63-70 y 187-211.

⁵ Reinhart Koselleck, «El siglo XVIII como comienzo de la Edad Moderna», op. cit., p. 13.

⁶ Louis Bergeron, François Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas*, op. cit., pp. 290-291.

la ceremonia de despedida del cuadrúpedo ungulado, que va a ser destronado por el caballo de vapor y a perder el cetro de la velocidad:

Con el ferrocarril se hizo realidad un vehículo que escapaba a toda confrontación con los medios de transporte anteriores. «Con el ferrocarril ha muerto el espacio, y sólo nos queda ya el tiempo», como dijo Heine. Más aún, el ferrocarril fue el símbolo del progreso, que extraía su evidencia de la desnaturalización del tiempo: con el ferrocarril parecía que el hombre se convertía finalmente en dueño de las fuerzas de la naturaleza; en él se depositaban las utópicas esperanzas que con creciente velocidad trataban de alcanzar el presunto objetivo de la historia, la paz perpetua. Al mismo tiempo el ferrocarril ofrecía, a pesar de sus cuatro clases para los viajeros, un elemento de democratización, ya que, para consternación de los antiguos señores, ahora cualquiera podía viajar con el mismo medio y a la misma velocidad.¹

Hasta Marx habla de las revoluciones como «locomotoras» de la historia, pero sólo recientemente y rescatando un concepto marxista que había caído en desuso, «alienación», se ha enfatizado el reverso de la emancipación que acarreo la aceleración. Mas esto corresponde a otro relato.

También Koselleck aboga por una historia conceptual en sentido amplio (*erweiterten*),² con un tráfico multidireccional entre varias vías (metafórica, icónica, onírica...), con un trasiego recíproco entre metáforas y conceptos.³ En

¹ Ib., pp. 290-291. El alemán reiteró la relevancia del ferrocarril en otros trabajos: id., «¿Existe una aceleración de la historia?» [1976], en: Josetxo Beriain y Maya Aguiluz (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, op. cit., pp. 319-322 (este ensayo de Koselleck lo encabeza el poema de Adelbert von Chamisso dedicado al ferrocarril, el caballo gigante [*ungeheures Pferd*], titulado *El caballo de vapor* [*Das Dampffross*] y fechado en 1830) e id., *Aceleración, prognosis y secularización*, op. cit., pp. 60, 66 y ss. Cf. Diego Fusaro, *Essere senza tempo. Accelerazione del tempo e della vita*, Bompiani, Milán, 2016⁴, pp. 135-150.

² Cf. Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*, pp. 42-45; F. Oncina, «Historia in/conceptual y metaforología: método y modernidad», en F. Oncina y Pedro García-Durán (eds.), *Hans Blumenberg: Historia in/conceptual, antropología y modernidad*, op. cit., pp. 17-30.

³ Ritter y Koselleck subrayaron, en sus respectivos diccionarios, los méritos de Blumenberg, para a continuación justificar, aduciendo el estado todavía bisoño de los estudios en este terreno, por qué no porfizaron en el terreno metaforológico (*HWP*, vol. I, pp. VIII-IX; *GG*, vol. VII, p. VIII). Cabe, empero, constatar una tímida apertura a la historia de las metáforas en ambos diccionarios, al incluir algunas: *Licht, Sprung, Theatrum mundi* (*HWP*, vols. V, VI, X); y *Öffentlichkeit, Organ, Organismus, Organisation, politischer Körper* (*GG*, vol. IV). Aunque en los *GG*, tal como señalamos al principio de nuestro capítulo, también se mostró reluctante a la incorporación de metáforas, su alma máter reconocerá ese déficit, que él procuró enmendar en su despliegue programático y en su trabajo de campo. A este propósito en el último volumen de los *GG* hallamos la siguiente consideración: «Igualmente cabe objetar que lo metafórico de nuestros conceptos, como ha indicado Hans Blumenberg, no ha sido estudiado sistemáticamente. Todos estos postulados aguardan una

los últimos años diseñó lo que llamó una historia de la sensibilidad, que podría tomar el relevo de esa historia conceptual comprensiva, si bien, como él mismo confesó, estaba en estado naciente y era un reto pendiente.

En conclusión: hemos seguido la estela dejada por dos metáforas caras a Koselleck, la hipológica y las geológicas (en el último caso hemos rastreado el sentido tanto de *Sattelzeit* como de *Zeitschichten*), para desembocar en uno de los caladeros más prometedores de este autor: la estilización de la historia conceptual ampliada o comprensiva (caben otros alias) en la forma de una teoría de los tiempos históricos, y, en consecuencia, ni la historia conceptual ni la teoría que le subyace pueden orillar que «no hay conceptos históricos genuinos que se ocupen del tiempo histórico. Siempre se trata de metáforas. En adelante tendremos, por tanto, que tener en cuenta el contenido metafórico de nuestros conceptos»¹ y que la metáfora supone una intercalación indispensable para la «transición desde la experiencia histórica a la interpretación científica».² Su muestrario metafórico no se agota en los casos estudiados aquí. Podríamos haber escogido, vg. los símiles jurídicos. O bien aquel que le sirve para reflexionar sobre los afectos y desafectos entre historia y ficción (el «derecho de veto de las fuentes»), o, con una ligera modificación del anterior (el «derecho de veto de las vivencias y recuerdos personales»), para defender una suerte de nominalismo anamnético y negar la existencia de la memoria colectiva, o aquella otra que convierte la historia universal en el juicio final (Schiller y Hegel) —idea escarnecida por Odo Marquard— y con la que pretende vacunar la historia contra la filosofía de la historia y su tendencia endémica a la tribunalización y ejecu-

ulterior elaboración que habría sobrepasado nuestro lexicón de haberse abordado de inmediato» (GG, vol. VII, 1992, p. VIII). Los umbrales dentro de los que se mueve son la definición y la metáfora. De la primera se desmarca Koselleck por su carácter ahistórico y su pretensión de univocidad, lo que separa su proyecto de una historia de las palabras o terminológica («Introducción» al volumen 1 de GG, pp. XIX-XX, XXII-XXIII; cf. *Futuro pasado*, op. cit., pp. 117-118). Sobre la segunda es muy significativo lo que dice en la entrada «Historia conceptual» de un breve léxico en la popular colección amarilla de Reclam: «La metáfora y la retórica pertenecen asimismo en el nivel histórico-lingüístico a la investigación» («Stichwort: Begriffsgeschichte», en: Stefan Jordan (ed.), *Lexikon Geschichtswissenschaft. Hundert Grundbegriffe*, Reclam, Stuttgart, 2002; hay traducción en castellano, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Trotta, Madrid, 2012, p. 46), y un buen botón de muestra sería el artículo que le dedicó a «Revolución como concepto y como metáfora. Sobre la semántica de una palabra en un tiempo enfática» [1985] (ib., pp. 161-170).

¹ Reinhart Koselleck, «Progreso y decadencia», en: *Historias de conceptos*, op. cit., p. 97. La primera línea de la Introducción de Koselleck a *Zeitschichten. Studien zur Historik* (no traducida en la edición en castellano) es fulminante: «Quien habla sobre el tiempo, depende de metáforas» (op. cit., p. 9).

² «Revolución como concepto y como metáfora», en: *Historias de conceptos*, op. cit., p. 166.

ción de la sentencia emanada de la conciencia moral. O pensemos en sus famosas metáforas médicas: crisis y patogénesis. O en aquellas escanciadas en sueños y tomadas en préstamo (Jean Cayrol), como la «masa de lava incandescente» desparramada por el cuerpo, empleada para discernir las experiencias y los recuerdos primarios de los secundarios. Asimismo podríamos habernos inspirado en Marramao al coronar a Koselleck como uno de los pioneros del giro espacial.¹ Otra senda por hollar sería estudiar cómo la praxis fotográfica y su actividad sensorial de la vista pueden servir de indicador y factor de la génesis de la teoría de los tiempos históricos como estratos temporales. A pesar de que hay mu-

¹ El tercer doblete categorial que identifica en su *Histórica* es la «contraposición entre “interior” y “exterior”, que constituye la espacialidad histórica». Supone una modulación del existencial heideggeriano *ser-en-el-mundo*. Todo *Dasein* se encuentra ya siempre en un plexo espacial de circunmundanidad, en la dicotomía *dentro/fuera* presente «en todas las historias», por lo que «las épocas de la historia universal podrían definirse [...] según las correlaciones entre lo interno y lo externo, comenzando por los grupos nómadas y cazadores y pasando a través de las formas complejas de organización de las culturas avanzadas hasta llegar a la actual sociedad mundial» (Reinhart Koselleck, *Historia y hermenéutica*, op. cit., pp. 77-78; cf. «Espacio e historia», en: id., *Los estratos del tiempo*, op. cit., pp. 93-111). La antítesis entre *público* y *secreto* es una de sus variantes, que, por ejemplo, entra en liza en su tesis doctoral, *Crítica y crisis*, para seguir el rastro del foro interno del hombre, ciudadela de la jurisdicción moral, y su reconversión en poder político indirecto en los intersticios secretos que deja el Estado absoluto en las logias masónicas y las repúblicas de las Letras, desde las que los ilustrados, iluminados y jacobinos lanzan un ataque corrosivo a los cimientos del absolutismo (id., *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués* [1959], Trotta, Madrid, 2007, pp. 75-93 y 105-113). Pero dicha distinción confiere también significado histórico a las esferas de lo público en oposición a lo privado, delimitándolas de lo íntimo, sede inexpugnable de la autoridad incontestable de la memoria individual (cf. id., *Historia y hermenéutica*, op. cit., pp. 79-80; Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* [1962, 1990²], Gustavo Gili, Barcelona, 1994). Precisamente en la elucidación del primer par categorial de su *Histórica*, «precursar la muerte»-«poder matar» («Desde las hordas recolectoras y cazadoras, hasta las superpotencias bien equipadas de armas atómicas, la lucha por la supervivencia está siempre bajo la amenaza de muerte a los otros o más aún proferida por el otro»), recurre de nuevo a la omnipresente imagen del caballo para visualizarla, y más concretamente a la carga de la caballería en la batalla de Omdurmán, tal como la describió Winston Churchill: «“En cierto sentido una carga de caballería se asemeja bastante a la vida ordinaria. Mientras te mantengas firme sobre la silla, con tu caballo sujeto y bien armado, muchos de tus enemigos te dejarán libre el camino. Pero tan pronto como hayas perdido un estribo, se te haya partido una rienda o caído el arma, estés herido tú mismo o lo esté tu caballo, entonces será el momento en que desde todos lados tus enemigos se abalanzarán sobre ti”. Así describe Churchill una de las últimas batallas a caballo en las que él mismo participó en Sudán. “Bloqueados en medio de la masa enemiga, asediados por todas partes, acribillados y lacerados por lanzas y sables, [mis camaradas] fueron derribados de sus caballos y despedazados por la furia enemiga”» (Reinhart Koselleck, *Historia y hermenéutica*, op. cit., p. 74). Análogamente, Koselleck destaca el contraste entre la posición recia de los soldados montados y la vulnerabilidad de los de infantería, que arrostran el peligro de ser arrollados por los caballos como una suerte de heraldos de la muerte (id., «Der Aufbruch in die Moderne oder das Ende des Pferdezeitalters», op. cit., pp. 164, 171).

chos cabos sueltos, por fortuna para quienes continuamos queriendo aprender de esta poliédrica personalidad, creemos haber apuntalado la tesis de la insoslayable fertilidad del lenguaje plástico, metafórico, para la ciencia histórica.¹

«CRISTALIZACIÓN» Y «FLUIDIFICACIÓN» COMO METÁFORAS DE LA TEORÍA DE LA HISTORIA¹

ERNST MÜLLER

Centro Leibniz de Investigación literaria y cultural de Berlín

¹ En «Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia» afirma que todo discurso se nutre de la posibilidad de hacer referencia a un saber preestablecido, depositado en el lenguaje y repetible: «Tomemos el ejemplo de la 'metafórica', ese cumplimiento inmanente al lenguaje, que en el nivel de las comparaciones crea conocimiento y engendra saber. Una frase evidentemente desprovista de sentido como "Alejandro es un león" sólo se comprende si somos capaces de reproducir el símil de que Alejandro lucha con valentía e intrepidez, y vence *como* un león. Para ser eficaz, la metáfora vive de los conocimientos lingüísticos previos y de una utilización repetida en el seno de una comunidad de lengua. Esto vale de modo general. No puede entenderse ninguna frase, hablada o escrita, que no recurra a algo ya inscrito en la lengua, a la precomprensión en el sentido de Hans-Georg Gadamer» (*Revue de Synthèse*, n.º 1 (2006), p. 160; se trata del discurso de apertura del congreso *Historische Anthropologie* en Friburgo de Brisgovia en septiembre de 2005). Es la misma conferencia, con matices, que pronunció en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid en la primavera de 2005 (*Revista de Estudios Políticos*, n.º 134 [2006], p. 31).

¹ Traducido del alemán por Manuel Orozco Pérez. Este trabajo ha surgido en el marco del proyecto de investigación «Historia conceptual y crítica de la modernidad» (FFI2017-82195-P) de la AEI/FEDER, UE y del Grupo de Investigación homónimo de la Universitat de València (GIUV2013-037).